

Mágico vínculo

Mariela Trujillo

“¿Cuántas veces te tengo de decir? ¡Déjame en paz!” Mis hermanas mayores, Alma y Verónica imploraban en unísono. La década entre nosotras no me guiaba lejos de ellas; yo las idolatraba. El poder caminar lado a lado con mis hermanas o ser parte de sus juegos y chistes era más que sólo una oportunidad minúscula de poder estar con ellas, era mi felicidad. Yo tomaba cada oportunidad y hacía todo por su aceptación en el vínculo fraternal de mis hermanas, aunque significaría hacer rituales ridículos.

El cariño de mis hermanas nunca me faltó, al contrario, siempre me lo demostraban con sus manifestaciones de bromas juguetonas como al jugar “el doctor”. Claro, yo, la menor siempre jugaba la enfermiza; Alma y Vero eran las pediatras. La razón era simple: el conocimiento de la medicina que poseían mis hermanas podía curar una multitud de enfermedades desde las cosquillas hasta quitar el miedo a la obscuridad, según Alma y Vero. Lo que más deseaba por fin iba a ser posible. “¡Este será el día que seré igual de valiente como mis hermanas!”, yo soñaba. Superaría el miedo a la obscuridad con una poción mágica inventada por Alma y Vero.

El ritual mágico se llevó a cabo en mi recámara. Dispuesta a afrontar el miedo, mis ídolos me confirmaron que sólo tendría que permanecer en la completa obscuridad hasta que Verónica llegara a darme mi medicamento. Obedientemente, con completa confianza, no dudé del poder de la magia, y me sometí en la silenciosa tenebrosidad de mi cuarto que parecía irreconocible sin ningún rayo de sol alumbrándolo.

Me acosté en mi cama debajo de mis cobijas frías, esperé. Pensé en todas las aventuras que Alma, Vero y yo haríamos cuando yo ya no fuera miedosa. Esperé hasta que mis pensamientos se convirtieron en sueños, y cuando los minutos se habían convertido en horas, la entrada de Verónica era una imagen borrosa que se acercaba.

“Cierra los ojos”, me dijo. “Ten, tu medicamento mágico”, y me dio una cucharada llena de mi remedio mágico. ¡Era un sabor espantoso! Era dulce y agrio a la misma vez, y se me llenaron los ojos de lágrimas al pasármelo. Era el sabor que yo había evitado que tocara mi paladar toda mi vida a causa de su horrible olor. Las bromas y los ritos juguetones continuaron a lo largo de mi niñez y aunque eran tan ridículos, lograron darme las fuerzas para enfrentar mis miedos infantiles y establecer el vínculo fraternal. Pero desde ese día fatídico, la oscuridad siempre me da sabor a cebolla.